Número oculto

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

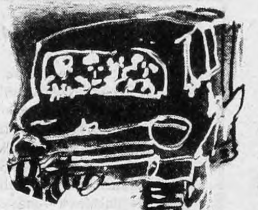
SOLUCION / Pág. 4

				B	R
				4	0
5	8	7	9	2	0
3	2	4	1	1	0
5	6	8	4	0	1
8	4	9	0	0	1

LOS DESPOJOS

(Ultima parte)

Página/2/3



Verano/12

VIAJE TRUCHO

(Por Marcos González Cezer)

Con el bolso gigante marca Adidas subió rápidamente al taxi. "Al aeroparque." Chequeó el pantalón. Estaba todo lo que tenía que estar. Palpó la campera y encontró el pasaporte que en todo viaje llevaba "porque uno nunca sabe dónde puede terminar". Encendió un cigarrillo y respiró profundamente. "Ciudad de lunáticos, adiós", dijo.

El viaje en avión sólo duró unas horas. El micro saldría en unos minutos y en un ratito más ya estaría tomando una caipira frente al mar.

Llegó a la posada y pagó por 23 días. Se cambió, cruzó el puente de madera y por primera vez en el '92 pisó la arena.

Ya en el bar y con el mar chapoteando a metros, pidió un plato de camarones y un vino blanco helado. Con los walkman escuchaba a Rod Stewart. Amaba el rocanrol y su mundillo. Comía lentamente mirando el espejo azulado. "Hace unas horas, Buenos Aires ardía."

Y así siguió por semanas. "Muchos argentinos por acá, es como estar en Belgrano, hay que huir", y se fue al norte, a Bahía. Se metió por laberintos y cambió dólares por brujerías, caricias por infantiles promesas. La macumba la seducía y decidió entrar.

Ahora se la ve tirando cartas en las playas, estafando a turistas. Sus bolsillos se llenan de cruzeiros y dólares, francos y pesetas. Se ríe de la estupidez humana. "Es un fenómeno mundial, cómo es posible que tipos de países tan diferentes crean en estas estúpidas cartas", pensaba mientras contaba el fajo de billetes.

Era ya tiempo de regresar pero decidió partir. "Ibiza es un buen lugar para veranear". Compró un boleto de avión de primera clase y voló a España.

Flirteó con un francés que la invitó a pasear y le robó su tarjeta de crédito y varios miles de francos. Volvio a Brasil. "¿Qué habrá pasado en la Argentina?, en realidad poco me importa." Nadie le creyó su aventura pero un negro borracho la escuchó y como recompensa tuvo el placer de "comerse" a una argentina. "Ya salvé el verano", dijo Verónica.

El negro, ajado y arrugado, murió al amancer.

A continuación se publica la segunda y última parte del cuento de Nadine Gordimer, ganadora del Premio Nobel de Literatura 1991.

LOS DESPO

Por Nadine Gordimer

Las voces y las risas se acaban. No se va al campo para hablar de política. Es uno de esos silencios de alerta que pide de vez en cuando alguien que ha oído, más allá de las voces humanas, un grito. Sssiiisss... Una vez fueron los miserables gemidos de los chacales y —más cerca— el rugido de una hiena, esa criatura de gran hocico hecha para oler la sangre derramada. Luego un chillido que nadie pudo reconocer: ¿Una liebre atacada por un búho? ¿Un jabalí atacado por qué? ¿Qué está ocurriendo entre ésos, en aquel otro orden, de las bestias en su noche?

—Ellos viven veinticuatro horas, nosotros desperdiciamos la noche.

—Norbert, ¡antes eras un pájaro de club nocturno!

Y el joven médico sugiere:

—Cazan para sobrevivir en turnos, como nosotros. Algunos duermen durante el día.

—Oh, pero están proyectados como especies diferentes para que utilicen las veinticuatro horas. Nosotros somos una especie proyectada únicamente para la luz del día. No hace muchas generaciones, los tiempos preindustriales, nada más que nos acostábamos al atardecer. Si se acabaran las reservas de energía en el mundo tendríamos que volver a eso. Si no hay electricidad. No hay turnos nocturnos. No existe ninguna variedad de nuestra especie que tenga visión nocturna.

El experto en murciélagos acude a la llamada.

—Hay experimentos con aparatos que tal vez puedan permitir la visión nocturna, se basan en...

—Sssiiisss... —risas como la pequeña explosión de un vaso que cae.

—¡Cállate, Claire!

Todos escuchan, sólo los ojos se mueven brillantes, siguen totalmente quietos. Es difícil para ellos saber qué intentan escuchar. Una tensión que apenas se convierte en un gruñido. Un ruido de eructo; un arrastrar, un arrastrar, pero podría ser la brisa en las hojas muertas, no es la crepitación pajiza de las cañas en el río, viene de otra dirección, de detrás del pabellón. Hay una reunión, otra reunión en otro lugar. Hay una comunicación que sus oídos no pueden captar, que su captación no es capaz de decodificar; algo que es ajeno a ellos. Ni siquiera el ex preso político sabe lo que escucha; él, que ha escuchado a través de los muros de la prisión; él, que ha captado y decodificado cosas que los otros ignoran. Después de todo, lo suyo son únicamente conocimientos humanos; tampoco es una criatura de veinticuatro horas.

Esa amortiguada quietud la rompe el negro con una bandeja tintineante de copas que ha lavado. El anfitrión le hace una señal: estáte quieto, vete, deja de preocuparte de los platos sucios. El se acerca con la sonrisa de alguien que sabe una noticia.

—Leones. Han matado a una, quizá dos. Cebras.

Todos rompen el silencio como escolares al salir de clase.

—¿Dónde?

—¿Cómo lo sabe?

—¿Qué dice?

Le hace esperar un momento, tiene la mano levantada, con la palma hacia arriba, rosada por haber estado lavando la vajilla. La seca en su delantal.

—Mis mujeres lo han oído, ahí, detrás de mi casa. Cebra, y ahora están comiendo. Aquel lado, ahí, detrás.

El nombre del negro es demasiado infrecuente como para pronunciarlo. Pero ya no es anónimo, es el organizador de una expedición; utilizan una versión más reducida del nombre que les ha dicho su anfitrión. Siza ha sacado un viejo camión de cuatro ruedas, que ha convertido en una furgoneta grande, del cobertizo que está al lado de su casa. Todos tienen ganas, forma parte del espectáculo que el anfitrión esperaba pero que no pensó fuera a tener la suerte de ofrecer; todos van con una linterna por los casi cien metros que hay entre el pabellón, bajo los árboles, pasando el macizo de cañacoros que está delimitado por piedras encaladas (el anfitrión nunca ha tenido valor para decirle a Siza que ese tipo de casas de hombres blancos no necesitan de jardín) hasta el huerto de tomates y calabazas de las mujeres de Siza. Siza está reparando la manija de la puerta del vehículo con un trozo de cable, dando órdenes sobre esto y lo otro, en su idioma, a su familia, que está por allí cerca. Un niño pequeño se mete entre sus pies y él lo levanta para apartarlo. Dos de las mujeres llevan los turbantes tradicionales, pero una de ellas lleva una camiseta con un logotipo publicitario; de sus brazos cuelgan niñas que parlotean. Los niños saltan muy excitados pero sin hacer mucho ruido.

La posición de Siza en esta situación es clara cuando las mujeres y los niños no se despiden del grupo de blancos sino que se meten entre ellos en el vehículo, los piececitos de planta dura y seca de los niños buscan hábilmente sitio entre los zapatos de los invitados, sus inquietas cabezas que parecen gorras lanudas de pelo, su proximidad resulta inhabitual para los que abarrotan el vehículo. Junto a la chica con su rostro cubierto de crema protectora y su cuerpo duro y esbelto, perfumado con aromas de lila, se encuentra el suave bulto de una de las mujeres que huele a humo de leña.

—¿Todos estáis dentro, todos estáis bien?

—No, esperad, hay alguien que ha vuelto en busca de lámparas de flash olvidadas. Siza ha puesto en marcha el motor; el vehículo tironea y vibra.

No es momento para flirteos ni para ingeniosidades. Hace lo que esperan de él: vuelve corriendo al pabellón para coger una rebeca por si ella tiene frío. Casi no hay sitio para poder pasar; ella intenta poner un niño negro en su regazo, pero el niño es demasiado tímido. El se coloca como puede. El vehículo avanza, todos los cuerpos familiares y no familiares se balancean, coagulados, los alientos entremezclados. Ella le sonríe, ladeando la cabeza, haciendo comentarios ligeros sobre esas apreturas humanas, como si él fuera otra persona: ¿A ver la matanza?

No se puede salir.

"Todos estarán seguros si se quedan en el vehículo y por favor levantad las ventanillas", dice el anfitrión. Los faros del viejo vehículo muestran a Siza árboles que son como otros árboles, matorrales que son como otros matorrales, que para él son señales. Su carretera es por donde traqueteа el vehículo, por matorrales y por encima de tocones, hormigueros y arroyadas: súbitamente se detiene, y allí están, figuras sombreadas y repentinas hendiduras fosforescentes en el opaco arco de árboles que el límite del alcance de los faros apenas crea, como una vela sostenida en alto forma tenuemente una cueva en su aura. Siza conduce lentamente, sacudiendo y meneando la carga humana, acercándose poco a poco. Cuatro formas se adelantan en el haz de los faros y se detienen. El se detiene. Motas de polvo, trozos de hojas y de cortezas que se han caído de la vegetación, flotan emborronando los faros que rodean a las cuatro leonas que están a menos de diez metros. Sus ojos están abiertos de par en par, amarillentos como gemas, más abiertos por la luz que les da, y no parpadean. Tienen las mandíbulas abiertas y sus cabezas se mueven con el jadeo, sus cuerpos son fuelles que se expanden y se contraen entre los tiesos cuadriles y los estrechos y pesados cuartos delanteros que sostienen las cabezas. Sus lenguas asoman, los bordes fruncidos hacia arriba, como un trapo rojo, por los blancos y largos incisivos.



LOS DESPOJOS

(Ultima parte)

A continuación se publica la segunda y última parte del cuento de Nadine Gordimer, ganadora del Premio Nobel de Literatura 1991.

Por Nadine Gordimer

Las voces y las risas se acaban. No se va al campo para hablar de política. Es uno de esos silencios de alerta que pide de vez en cuando alguien que ha oído, más allá de las voces humanas, un grito. Sssiiisss... Una vez fueron los miserables gemidos de los chacales y —más cerca— el rugido de una hiena, esa criatura de gran hocico hecha para oler la sangre derramada. Luego un chillido que nadie pudo reconocer: ¿Una liebre atacada por un búho? ¿Un jabalí atacado por qué? ¿Qué está ocurriendo entre ésos, en aquel otro orden, de las bestias en su noche?

—Ellos viven veinticuatro horas, nosotros desperdiciamos la noche.

—Norbert, ¡antes eras un pájaro de club nocturno!

Y el joven médico sugiere:

—Cazan para sobrevivir en turnos, como nosotros. Algunos duermen durante el día.

—Oh, pero están proyectados como especies diferentes para que utilicen las veinticuatro horas. Nosotros somos una especie proyectada únicamente para la luz del día. No hace muchas generaciones, los tiempos preindustriales, nada más que nos acostábamos al atardecer. Si se acabaran las reservas de energía en el mundo tendríamos que volver a eso. Si no hay electricidad. No hay turnos nocturnos. No existe ninguna variedad de nuestra especie que tenga visión nocturna.

El experto en murciélagos acude a la llamadá.

—Hay experimentos con aparatos que tal vez puedan permitir la visión nocturna, se basan en...

—Ssssiiisss... —risas como la pequeña explosión de un vaso que cae.

—¡Cállate, Claire!

Todos escuchan, sólo los ojos se mueven brillantes, siguen totalmente quietos. Es difícil para ellos saber qué intentan escuchar. Una tensión que apenas se convierte en un gruñido. Un ruido de eructo; un arrastrar, un arrastrar, pero podría ser la brisa en las hojas muertas, no es la crepitación pajiza de las cañas en el río, viene de otra dirección, de detrás del pabellón. Hay una reunión, otra reunión en otro lugar. Hay una comunicación que sus oídos no pueden captar, que su captación no es capaz de decodificar; algo que es ajeno a ellos. Ni siquiera el ex preso político sabe lo que escucha; él, que ha escuchado a través de los muros de la prisión; él, que ha captado y decodificado cosas que los otros ignoran. Después de todo, lo suyo son únicamente conocimientos humanos; tampoco es una criatura de veinticuatro horas.

Esa amortiguada quietud la rompe el negro con una bandeja tintineante de copas que ha lavado. El anfitrión le hace una señal: estáte quieto, vete, deja de preocuparte de los platos sucios. El se acerca con la sonrisa de alguien que sabe una noticia.

—Leones. Han matado a una, quizá dos. Cebras.

Todos rompen el silencio como escolares al salir de clase.

—¿Dónde?

—¿Cómo lo sabe?

—¿Qué dice?

Le hace esperar un momento, tiene la mano levantada, con la palma hacia arriba, rosada por haber estado lavando la vajilla. La seca en su delantal.

—Mis mujeres lo han oído, ahí, detrás de mi casa. Cebra, y ahora están comiendo. Aquel lado, ahí, detrás.

El nombre del negro es demasiado infrecuente como para pronunciarlo. Pero ya no es anónimo, es el organizador de una expedición; utilizan una versión más reducida del nombre que les ha dicho su anfitrión. Siza ha sacado un viejo camión de cuatro ruedas, que ha convertido en una furgoneta grande, del cobertizo que está al lado de su casa. Todos tienen ganas, forma parte del espectáculo que el anfitrión esperaba pero que no pensó fuera a tener la suerte de ofrecer; todos van con una linterna por los casi cien metros que hay entre el pabellón, bajo los árboles, pasando el macizo de cañacoros que está delimitado por piedras encaladas (el anfitrión nunca ha tenido valor para decirle a Siza que ese tipo de casas de hombres blancos no necesitan de jardín) hasta el huerto de tomates y calabazas de las mujeres de Siza. Siza está reparando la manija de la puerta del vehículo con un trozo de cable, dando órdenes sobre esto y lo otro, en su idioma, a su familia, que está por allí cerca. Un niño pequeño se mete entre sus pies y él lo levanta para apartarlo. Dos de las mujeres llevan los turbantes tradicionales, pero una de ellas lleva una camiseta con un logotipo publicitario; de sus brazos cuelgan niñas que parlotean. Los niños saltan muy excitados pero sin hacer mucho ruido.

La posición de Siza en esta situación es clara cuando las mujeres y los niños no se despiden del grupo de blancos sino que se meten entre ellos en el vehículo, los piececitos de planta dura y seca de los niños buscan hábilmente sitio entre los zapatos de los invitados, sus inquietas cabezas que parecen gorras lanudas de pelo, su proximidad resulta inhabitual para los que abarrotan el vehículo. Junto a la chica con su rostro cubierto de crema protectora y su cuerpo duro y esbelto, perfumado con aromas de lila, se encuentra el suave bulto de una de las mujeres que huele a humo de leña.

—¿Todos estáis dentro, todos estáis bien?

—No, esperad, hay alguien que ha vuelto en busca de lámparas de flash olvidadas. Siza ha puesto en marcha el motor; el vehículo tironea y vibra.

No es momento para flirteos ni para ingeniosidades. Hace lo que esperan de él: vuelve corriendo al pabellón para coger una rebeca por si ella tiene frío. Casi no hay sitio para poder pasar; ella intenta poner un niño negro en su regazo, pero el niño es demasiado tímido. El se coloca como puede. El vehículo avanza, todos los cuerpos familiares y no familiares se balancean, coagulados, los alientos entremezclados. Ella le sonríe, ladeando la cabeza, haciendo comentarios ligeros sobre esas apreturas humanas, como si él fuera otra persona: ¿A ver la matanza?

No se puede salir.

"Todos estarán seguros si se quedan en el vehículo y por favor levantad las ventanillas", dice el anfitrión. Los faros del viejo vehículo muestran a Siza árboles que son como otros árboles, matorrales que son como otros matorrales, que para él son señales. Su carretera es por donde traquetea el vehículo, por matorrales y por encima de tocones, hormigueros y arroyadas: súbitamente se detiene, y allí están, figuras sombreadas y repentinas hendiduras fosforescentes en el opaco arco de árboles que el límite del alcance de los faros apenas crea, como una vela sostenida en alto forma tenuemente una cueva en su aura. Siza conduce lentamente, sacudiendo y meneando la carga humana, acercándose poco a poco. Cuatro formas se adelantan en el haz de los faros y se detienen. El se detiene. Motas de polvo, trozos de hojas y de cortezas que se han caído de la vegetación, flotan emborronando los faros que rodean a las cuatro leonas que están a menos de diez metros. Sus ojos están abiertos de par en par, amarillentos como gemas, más abiertos por la luz que les da, y no parpadean. Tienen las mandíbulas abiertas y sus cabezas se mueven con el jadeo, sus cuerpos son fuelles que se expanden y se contraen entre los tiesos cuadriles y los estrechos y pesados cuartos delanteros que sostienen las cabezas. Sus lenguas asoman, los bordes fruncidos hacia arriba, como un trapo rojo, por los blancos y largos incisivos.



Están manchadas de sangre y para los ojos humanos son asexuadas, hembras sin feminidad, dotadas de una especie de amenaza y fuerza que está fuera de lugar, porque se relaciona con el macho. No poseen más belleza que la de su poderosa actitud. No hay nada más en sus enjutas caras: nada sino el hecho, detrás de ellas, de unos cachorros a medio creer en la caja torácica de una cebra, arrancando y chupando las vísceras ensangrentadas.

Las patas y la cabeza están intactas, elegantemente vestidas de blanco y negro. El animal ha sido y está siendo comido hasta no dejar nada. Sus vísceras han desaparecido; las hierbas a medio digerir que estaban en su estómago se ven por el suelo, alguien lo señala con un susurro. Hasta ese murmullo es una transgresión. Las leonas no dan ese rugido que haría de su amenaza algo reconocible, con lo que se puede uno enfrentar. Las palabras no son el medio de ese enfrentamiento. Miran. Eso es todo. La masa jadeante, los corazones latiendo dentro del vehículo mirando cómo los cachorros forcejean buscando sitio dentro del cadáver; la masa jadeante, los corazones latientes en el vehículo, vigilados por las leonas. Los animales no saben del tiempo, lo miden por su hartura. Para los otros comienza repentinamente de nuevo cuando la novia del joven médico comienza a llorar silenciosamente y los niños negros apartan la vista de la escena y miran las lagrimas que resplandecen en las mejillas de ella y contemplan su miedo. El joven médico les pide que vuelvan al pabellón; el convenio se rompe, la gente protesta, por qué, oh, no, quieren quedarse, ver lo que va a ocurrir, una de las leonas rompe filas y se vuelve hacia un cachorro glotón, susurrándole para apartarlo de la presa vaciada. Están seguros; el coche es completamente seguro, no abráis la ventanilla para sacar una fotografía. Pero el médico insiste:

—El chasis de este viejo camión está rajado completamente, somos demasiados, a lo mejor tenemos que quedarnos aquí toda la noche.

"Irreal." De vuelta en la habitación, la esposa sale con una de esas palabras que ha sido vaciada de cualquier significado de diccionario para que puedan adaptarse a una experiencia que el hablante no se molesta en definir. Cuando él no le responde, ella se queda un momento en el umbral, con su ropa de cama en las manos, sonriendo, sacudiendo un poco la cabeza para demostrar qué tremenda impresión ha tenido. ¡Ah!, bien. Ella qué espera. ¿Por qué vino? Debía haberse quedado en casa. Así que él no quiere dormir al aire libre, en la galería. Bajo las estrellas. Muy bien. Entonces no hay estrellas. Se queda a solas y los mosquitos esperan su sangre, pegados al techo de madera blanca.

No. Real. Real. Sólo puede mantener eso intacto, exactamente eso: el éxtasis, la existencia sin tiempo, y sin tiempo no hay ninguna relación, el estado en el cual él necesita tener, no tiene parte, no podría tener parte, allí en los ojos de las leonas. Entre los animales y la carga humana, el vacío. Es más deseable y horrible de lo que se podía imaginar; no sabe si está dormido o muerto. Aún queda el domingo. El espectáculo no ha terminado. Alguien ha oído a las leonas rondando el pabellón por la noche. El escepticismo con que se acoge esa declaración es rápidamente refutado cuando se encuentran las huellas características de un león en el polvo que rodea la pequeña piscina, que como fluido amniótico empapa a los invitados a su temperatura corporal. El anfitrión no se muestra sorprendido; ha ocurrido antes: las leonas habrán bajado para apagar la sed que les provocó su festín. ¿Y el olor de los humanos, durmiendo tan cerca, en la galería, el sudor de los humanos en la noche húmeda, sus susurros y ruidos nocturnos? ¿Sus sueños que emanan placer y ansiedad?

—En cuanto a los leones, nosotros no existimos.

El comentario de la chica guapa es una pregunta a medias que se esfuma.

—Cuando tienes el estómago lleno no husmeas la sangre.

—¿Es que acaso el ex prisionero extrapola la lucha de clases? —comenta el ingenioso, y al propio ex prisionero es al que más le divierte.

Después de que los mosquitos se hubieran hartado, el sueño llegó tan indiferentemente como los otros estados del cuerpo, el hambre y la sed. Ganas de comer papaya fresca, y tocino *boerewors* y huevos. Hambre, como todo el mundo. Su esposa le dice que repita, a lo mejor necesita comer mucho, hay una teoría de que todos los síntomas enfermizos son en realidad de origen físico. La obsesión con la injusticia, los males de este mundo, es una enfermedad que tú, como individuo, no puedes curar, así es la vida. El que estuvo en la cárcel quizá sufra de una carencia de algo, aminoácidos, vitaminas, o un exceso de alguna cosa, sobrealimentado cuando era niño o una glándula tiroidal hiperactiva. Se están haciendo investigaciones. Siza confirma que las leonas fueron a beber. Junto a su casa; las oyó. Lo cuenta con la sonrisa seca, conocedora, de quien sabe un secreto de ir y venir entre dormitorios. Después del desayuno va a llevar al grupo para ver el lugar donde ocurrió la matanza a la luz del día.

—¿Pero quedará algo para ver?

Siza se muestra paciente.

—No lo comen todo. Es demasiado. Dejan algo, esta noche volver a terminar.

—¡No, gracias! Me parece que no debemos volver a molestarles.

Pero de todas formas, nadie quiere que vayan el joven médico y su novia para estropear la excursión.

—Los leones duermen ahora. Se han ido. Vuelven de noche. No están allí.

La esposa está pendiente de si ella y su marido van a ir. Sí, él está entrando ágilmente en el viejo vehículo de chasis rajado, ayudando a subir a la anfitriona, le ha dicho algo que la hace reir y fruncir la boca.

Las mujeres negras están haciendo la colada en un barreño. Ni ellas ni sus hijos formarán parte de esa expedición. Esta vez hay sitio para respirar sin contacto. Todo es diferente a la luz del día. Es cierto que las leonas no están; el estado que él logró la pasada noche se ha ido de la misma forma, narcotizado por la luz del día.

No se ve ni un león. Siza ha detenido el vehículo, sale, pero hace un gesto para que los pasajeros se queden dentro. La maleza está tranquila, las frágiles vainas que se abren y arrojan su semilla por dispersión del viento, dan vueltas en espirales lentamente. Todos están charlando. El agente de bolsa abandona el vehículo y todo el mundo le grita. De acuerdo. De acuerdo. Sin prisas, para demostrar que no tiene miedo, sube a bordo.

—Los leones no son ni toros ni osos, Fred.

Se ríen de esa suave burla que es del tipo de las que se supone mantienen la imagen del ingenioso, todos la encuentran divertida, salvo el agente de bolsa, que sabe que el comentario, a su vez, se refiere a la imagen que tiene de sí mismo como una persona de la que nadie podría adivinar que es un agente de bolsa.

Siza vuelve y les hace un gesto con la mano. Salen rápidamente del vehículo. Y ahora el vacío del matorral no es de fiar, alrededor no puedes ver qué hay detrás de los chaparrales muertos, de los troncos caídos y de las pantallas de capas de ramas que limitan la visión a unos tres metros. Sólo hablan en voz baja, como si estuvieran cercados. El hombre negro los conduce por lo que parece un sendero barrido; pero ha sido barrido por un cuerpo grande arrastrado sobre el polvo y las hojas muertas: allí están los restos de la cebra, medio escondidos en una espesura.

—No hay rodadas, ¡no llegamos hasta aquí! Este no puede ser el lugar.

—Le arrastran hasta aquí cuando volver esta noche.

—¡Qué! ¿Para qué la carne siga fresca?

—Para que no ver los pájaros.

Siza les da un nombre en su idioma.

—Quiere decir buitres. Buitres, eh, Siza.

Alguien imita la figura jorobada de los buitres.

—Sí, esos pájaros grandes. Vengan aquí.

Jueves 23 de enero de 1992



Están manchadas de sangre y para los ojos humanos son asexuadas, hembras sin feminidad, dotadas de una especie de amenaza y fuerza que está fuera de lugar, porque se relaciona con el macho. No poseen más belleza que la de su poderosa actitud. No hay nada más en sus enjutas caras: nada sino el hecho, detrás de ellas, de unos cachorros a medio creer en la caja torácica de una cebra, arrancando y chupando las vísceras ensangrentadas.

Las patas y la cabeza están intactas, elegantemente vestidas de blanco y negro. El animal ha sido y está siendo comido hasta no dejar nada. Sus vísceras han desaparecido; las hierbas a medio digerir que estaban en su estómago se ven por el suelo, alguien lo señala con un susurro. Hasta ese murmullo es una transgresión. Las leonas no dan ese rugido que haría de su amenaza algo reconocible, con lo que se puede uno enfrentar. Las palabras no son el medio de ese enfrentamiento. Miran. Eso es todo. La masa jadeante, los corazones latiendo dentro del vehículo mirando cómo los cachorros forcejean buscando sitio dentro del cadáver; la masa jadeante, los corazones latientes en el vehículo, vigilados por las leonas. Los animales no saben del tiempo, lo miden por su hartura. Para los otros comienza repentinamente de nuevo cuando la novia del joven médico comienza a llorar silenciosamente y los niños negros apartan la vista de la escena y miran las lagrimas que resplandecen en las mejillas de ella y contemplan su miedo. El joven médico les pide que vuelvan al pabellón; el convenio se rompe, la gente protesta, por qué, oh, no, quieren quedarse, ver lo que va a ocurrir, una de las leonas rompe filas y se vuelve hacia un cachorro glotón, susurrándole para apartarlo de la presa vaciada. Están seguros; el coche es completamente seguro, no abráis la ventanilla para sacar una fotografía. Pero el médico insiste:

—El chasis de este viejo camión está rajado completamente, somos demasiados, a lo mejor tenemos que quedarnos aquí toda la noche.

"Irreal." De vuelta en la habitación, la esposa sale con una de esas palabras que ha sido vaciada de cualquier significado de diccionario para que puedan adaptarse a una experiencia que el hablante no se molesta en definir. Cuando él no le responde, ella se queda un momento en el umbral, con su ropa de cama en las manos, sonriendo, sacudiendo un poco la cabeza para demostrar qué tremenda impresión ha tenido. ¡Ah!, bien. Ella qué espera. ¿Por qué vino? Debía haberse quedado en casa. Así que él no quiere dormir al aire libre, en la galería. Bajo las estrellas. Muy bien. Entonces no hay estrellas. Se queda a solas y los mosquitos esperan su sangre, pegados al techo de madera blanca.

No. Real. Real. Sólo puede mantener eso intacto, exactamente eso: el éxtasis, la existencia sin tiempo, y sin tiempo no hay ninguna relación, el estado en el cual él necesita tener, no tiene parte, no podría tener parte, allí en los ojos de las leonas. Entre los animales y la carga humana, el vacío. Es más deseable y horrible de lo que se podía imaginar; no sabe si está dormido o muerto. Aún queda el domingo. El espectáculo no ha terminado. Alguien ha oído a las leonas rondando el pabellón por la noche. El escepticismo con que se acoge esa declaración es rápidamente refutado cuando se encuentran las huellas características de un león en el polvo que rodea la pequeña piscina, que como fluido amniótico empapa a los invitados a su temperatura corporal. El anfitrión no se muestra sorprendido; ha ocurrido antes: las leonas habrán bajado para apagar la sed que les provocó su festín. ¿Y el olor de los humanos, durmiendo tan cerca, en la galería, el sudor de los humanos en la noche húmeda, sus susurros y ruidos nocturnos? ¿Sus sueños que emanan placer y ansiedad?

—En cuanto a los leones, nosotros no existimos.

El comentario de la chica guapa es una pregunta a medias que se esfuma.

—Cuando tienes el estómago lleno no husmeas la sangre.

—¿Es que acaso el ex prisionero extrapola la lucha de clases? —comenta el ingenioso, y al propio ex prisionero es al que más le divierte.

Después de que los mosquitos se hubieran hartado, el sueño llegó tan indiferentemente como los otros estados del cuerpo, el hambre y la sed. Ganas de comer papaya fresca, y tocino *boerewors* y huevos. Hambre, como todo el mundo. Su esposa le dice que repita, a lo mejor necesita comer mucho, hay una teoría de que todos los síntomas enfermizos son en realidad de origen físico. La obsesión con la injusticia, los males de este mundo, es una enfermedad que tú, como individuo, no puedes curar, así es la vida. El que estuvo en la cárcel quizá sufra de una carencia de algo, aminoácidos, vitaminas, o un exceso de alguna cosa, sobrealimentado cuando era niño o una glándula tiroidal hiperactiva. Se están haciendo investigaciones. Siza confirma que las leonas fueron a beber. Junto a su casa; las oyó. Lo cuenta con la sonrisa seca, conocedora, de quien sabe un secreto de ir y venir entre dormitorios. Después del desayuno va a llevar al grupo para ver el lugar donde ocurrió la matanza a la luz del día.

—¿Pero quedará algo para ver?

Siza se muestra paciente.

—No lo comen todo. Es demasiado. Dejan algo, esta noche volver a terminar.

—¡No, gracias! Me parece que no debemos volver a molestarles.

Pero de todas formas, nadie quiere que vayan el joven médico y su novia para estropear la excursión.

—Los leones duermen ahora. Se han ido. Vuelven de noche. No están allí.

La esposa está pendiente de si ella y su marido van a ir. Sí, él está entrando ágilmente en el viejo vehículo de chasis rajado, ayudando a subir a la anfitriona, le ha dicho algo que la hace reir y fruncir la boca.

Las mujeres negras están haciendo la colada en un barreño. Ni ellas ni sus hijos formarán parte de esa expedición. Esta vez hay sitio para respirar sin contacto. Todo es diferente a la luz del día. Es cierto que las leonas no están; el estado que él logró la pasada noche se ha ido de la misma forma, narcotizado por la luz del día.

No se ve ni un león. Siza ha detenido el vehículo, sale, pero hace un gesto para que los pasajeros se queden dentro. La maleza está tranquila, las frágiles vainas que se abren y arrojan su semilla por dispersión del viento, dan vueltas en espirales lentamente. Todos están charlando. El agente de bolsa abandona el vehículo y todo el mundo le grita. De acuerdo. De acuerdo. Sin prisas, para demostrar que no tiene miedo, sube a bordo.

—Los leones no son ni toros ni osos, Fred.

Se ríen de esa suave burla que es del tipo de las que se supone mantienen la imagen del ingenioso, todos la encuentran divertida, salvo el agente de bolsa, que sabe que el comentario, a su vez, se refiere a la imagen que tiene de sí mismo como una persona de la que nadie podría adivinar que es un agente de bolsa.

Siza vuelve y les hace un gesto con la mano. Salen rápidamente del vehículo. Y ahora el vacío del matorral no es de fiar, alrededor no puedes ver qué hay detrás de los chaparrales muertos, de los troncos caídos y de las pantallas de capas de ramas que limitan la visión a unos tres metros. Sólo hablan en voz baja, como si estuvieran cercados. El hombre negro los conduce por lo que parece un sendero barrido; pero ha sido barrido por un cuerpo grande arrastrado sobre el polvo y las hojas muertas: allí están los restos de la cebra, medio escondidos en una espesura.

—No hay rodadas, ¡no llegamos hasta aquí! Este no puede ser el lugar.

—Le arrastran hasta aquí cuando volver esta noche.

—¡Qué! ¿Para qué la carne siga fresca?

—Para que no ver los pájaros.

Siza les da un nombre en su idioma.

—Quiere decir buitres. Buitres, eh, Siza.

Alguien imita la figura jorobada de los buitres.

—Sí, esos pájaros grandes. Vengan aquí.

JOS (Ultima parte)

LA PORTADORA

14. Cena en Berlín

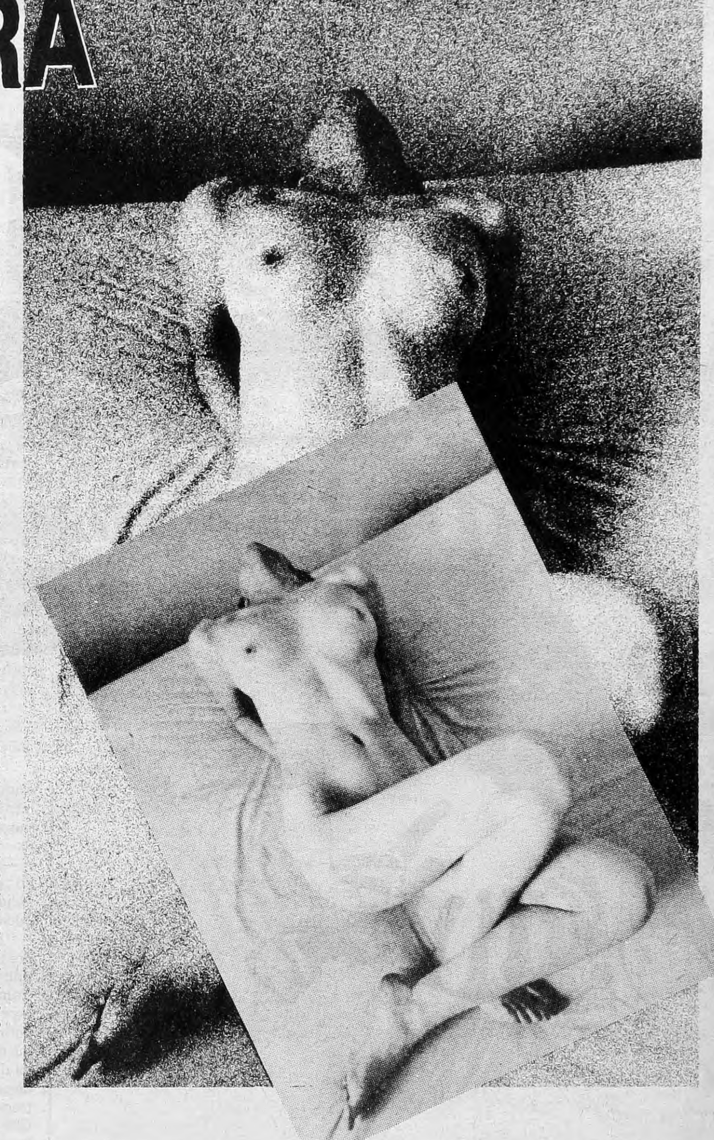
Folletín erótico de Pedro Lipcovich

Viviana, portadora, es entonces negra o hija de india o tantas otras cosas. En este capítulo, invitada a cenar en casa de Claudio, será judía: la familia de Claudio, sin embargo, la recibe con cordialidad en su casa de la Wilhelmstrasse, una noche de abril de 1933. La familia de Claudio se compone de su padrastro, su madre y una hija loca. El padrastro, mientras sirve a Viviana vino francés, le explica que es un hombre tolerante; es más, él considera que algunos aspectos del judaísmo no son raciales sino culturales y podrían rescatarse si se situaran sobre bases arias. Es como el vino, sonríe, no nos hará menos alemanes tomar vino francés. Es el momento de que la invitada dé las gracias a quien le ofreció vino; la voz de la judía se altera en la cortesía ineludible, y la sonrisa del padrastro es más amplia.

Claudio intenta cambiar el rumbo de la conversación, propondrá temas que se hundirán en el pantano de la mesa donde come la judía. La madre, sin mucama, trae y lleva platos. La hija loca ha mirado con horror las manos de su padre servir el vino, como si escanciara veneno.

El padrastro conduce la conversación mirando a Viviana. La chica está bien, con esa rebeldía en el fondo de los ojos, el padrastro entiende que Claudio la haya elegido: pero que se limitara a gozarla. Eso, limitarse, la civilización es saber ponerse límites. Los judíos no tienen límites, no hay cruz que los detenga, portadores del mal. Y las judías. Claudio, desubicado, habla de la Universidad, esta chica no es universitaria, nosotros venimos desde abajo, el padrastro aparta ese pensamiento que lo equipara a la judía. ¿Dónde la habrá conocido Claudio, en un prostíbulo? Una vez en Stuttgart, en una convención, al padrastro le propusieron ir a un prostíbulo de judías. Todas judías, todas, reía el hombre de dientes enormes hinchado de cerveza, vamos, lo palmeaba, son únicas, él no fue. Se quedó en su pieza de hotel mientras los demás iban, y muy tarde salió a merodear, solo. Siente que el sexo se le despierta bajo la mesa. Son peligrosas las mujeres, las judías. La hija loca lo mira con ojos como agujas. La madre sin mucama está retirando los platos. Viviana casi no ha tocado el suyo, tampoco el padrastro. Claudio ha comido bien. La madre en la cocina pondrá aparte la vajilla usada por la portadora para limpiarla por separado, es una exageración pero qué importa, nadie se va a enterar. El sexo del padrastro está dolorosamente erecto bajo la mesa. Claudio habla de las olimpíadas, el imbécil habla de las olimpíadas mientras la judía siente, tiene que sentir los ojos del padrastro fijos sobre sus párpados. ¿Si le toca la pierna por debajo de la mesa? Ella no protestaría, judía invitada en casa de arios, ella en silencio trataría de apartar la pierna, el muslo, él la aferraría con firmeza, el amo, se dice el padrastro con el órgano sexual doloroso y escucha el jadeo excitado, ¿quién jadea, la judía? Con espanto el padre ve que todos miran a su hija loca, la hija se ha llevado las dos manos al sexo bajo la mesa y se masturba con furia, Claudio y la madre la miran con el asco de siempre y la judía sin sorpresa, como si esperara algo así en este lugar, y eso hace arder la cólera del padre que toma a su hija por los brazos y la sacude, jud, judía estuvo por decirle a la hija loca, se contiene, mira a la invitada, usted sabrá disculpar, mi hija es un poco delicada de salud, la mira furioso, ciertas visitas la ponen mal, el padrastro mira lleno de odio a la judía. La cena ha terminado.

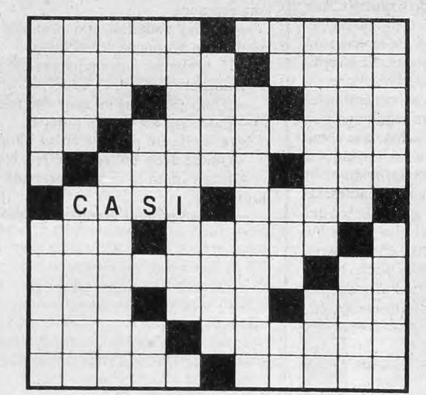
(Continuará.)



JUEGOS

CRUCIGRAMA

El esquema de este crucigrama no lleva números porque las definiciones de las palabras que lo forman no están numeradas. Las hemos agrupado a todas según la cantidad de letras de las palabras que definen, a excepción de aquellas de dos letras, que aparecen tal como son. Parta del CASI que allí figura y déle color al esquema.



PALABRAS DE TRES LETRAS: Lirio./ Lista, nómina./ Alimento cotidiano./ Elementos de pesca./ Millar./ Entregad./ Claridad./ Movimiento convulsivo y ruidoso del aparato respiratorio./ Conjunto de dos personas o dos cosas./ Mayor cantidad./ Tejido de seda o algodón que sirve para hacer velos./ Animal de ganado lanar o vacuno.
PALABRAS DE CUATRO LETRAS: Cubre con oro./ Amarrar./ Por poco./ Quita./ Postre hecho con huevos, leche y azúcar./ Pieza principal de la casa./ Masa de nieve que se derrumba de los montes./ Inactividad descanso.
PALABRAS DE CINCO LETRAS: Quitar la humedad./ Cabellos./ Flores del rosal./ Organo olfatorio externo./ Detener el movimiento./ Batracios de piel lisa./ Mamífero rumiante (pl.)./ Emblema protector de algunas tribus salvajes./ Cedazo muy tupido./ Movimiento del rostro con el cual se expresa alegría.
PALABRAS DE SEIS LETRAS: Tablero del juego de damas./ Mirlo silvestre./ Balancees al niño en la cuna./ Cada uno de los lados que forman el ángulo recto en el triángulo rectángulo.
PALABRAS DE SIETE LETRAS: El que dirige y vigila cierto número de operarios./ Sacadas a la playa las embarcaciones.
PALABRAS DE OCHO LETRAS: Agrédelas./ Figurará en un partido político, trabajando por él.
PALABRAS DE NUEVE LETRAS: Que contiene alguna sustancia medicamentosa./ Cambiar de ropa o de aspecto a alguien para que no se conozca.
GRUPO DE DOS LETRAS NO DEFINIDOS: DE - EN - ES - IO - MI - RA.

ENIGMA

En el Instituto Pinturitas de nuestro pueblo se dictan diversas clases de plástica. Deduzca qué día se dicta cada materia, cuál es el profesor encargado de hacerlo y durante cuántas horas.



1. Los días martes se dictan clases de dibujo (que no las da el profesor Díaz).
2. Los lunes, Sánchez da clases por espacio de 2 horas.
3. Las clases de pintura son de 1 hora y están a cargo de González.
4. Los viernes, el profesor Pérez da clases de escultura (que, por otra parte, dura 1 hora menos que la clase que da Fernández).
5. Los miércoles hay clase de música.

CLASE	DIA	PROFESOR	DURACION

SOLUCIONES

SOLUCION 5013

Cerámica, lunes, Sánchez, 2.
Dibujo, martes, Fernández, 6.
Escultura, viernes, Pérez, 5.
Música, miércoles, Díaz, 3.
Pintura, sábado, González, 1.

TOTEM■SECAR
ACUNES■SACA
MIL■DAD■PAN
IO■MILITARA
Z■VACAS■TOS
■CASI■FLAN■
PAR■NARIZ■P
ATACALAS■DE
RED■LUZ■ROL
ATAR■DAMERO
ROSAS■RISAS